

El jefe español no había entrado en el fértil territorio totonaco por la fuerza de las armas, sino llamado voluntariamente por el cacique de Cempoala.

La provincia, queriendo sacudir el yugo mejicano, buscó el auxilio de los hombres que en Tabasco se manifestaron generosos con los vencidos. El trato de Cortés acabó de cautivar á los caciques, que se declararon espontáneamente vasallos del rey de España. El rasgo de política del jefe expedicionario y el hábil manejo con que se condujo, le proporcionó en pocos días lo que no hubiera alcanzado con un ejército: ganar para su soberano, figurando como libertador de los oprimidos, todo el fértil territorio totonaco.

Hernán Cortés contaba, apenas había pisado las playas de Veracruz, con la nación entera de Cempoala y la parte de la Sierra Madre, comarcana á la ciudad del mismo nombre. Contaba, como él mismo escribe al emperador Carlos V, «con cincuenta mil hombres de guerra, y cincuenta villas y fortalezas, muy seguros y pacíficos, y por ciertos y leales vasallos de S. M» (1).

(1) Segunda carta-relacion de Cortés á Carlos V fechada en Segura de la Sierra, á 30 de Octubre de 1520.

CAPÍTULO XXI

Moctezuma envía una embajada al rey de Michoacan solicitando su alianza contra los españoles.—Dispone un numeroso ejército contra Cortés.—Cambia de resolución al saber que ha puesto libres á sus empleados y le envía un regalo.—Pide el cacique de Cempoala á Cortés su auxilio para combatir contra una tribu rival, y le da un solo soldado.—Objeto que se propuso Cortés con no darle mas que un soldado.—Marcha luego con toda su fuerza en auxilio del cacique.—Reconcilia á los dos pueblos.—Cortés manda ahorcar á un soldado español por haber robado á un indio dos gallinas.—El cacique de Cempoala regala á Cortés ocho hijas de nobles para que sus oficiales las tomen por mujeres.—Cortés rehusa.—Se derriban los ídolos del templo de Cempoala.—Abrazan los totonacos el cristianismo.—Deja Cortés á un soldado muy viejo cuidando la cruz colocada en el templo.

Mientras Hernán Cortés se ganaba la benevolencia de los caciques y señores totonacos, Moctezuma, indignado de la insistencia del jefe español en alcanzar una entrevista personal, tomó la determinación de intimarle á que abandonase el país. La exaltación llegó á su colmo cuando se le comunicó la noticia de haber sido reducidos á prision

los exactores del tributo, y preparó grandes fuerzas para que fuesen á castigar severamente á sus vasallos rebeldes, y á los extranjeros, cuyo favor habian pedido.

Moctezuma, que hasta entonces habia vivido en continua hostilidad con los michoacanos ó tarascos, envió una embajada al valiente Caltzontzi, rey de Michoacan, invitándole á formar una alianza firme contra los españoles.

Le venia al monarca michoacano el nombre de *Caltzontzi*, del estado de rivalidad en que siempre habian estado las dos naciones. Todos los soberanos de los diversos reinos de Anáhuac sometidos al poder mejicano, se descalzaban, en señal de vasallaje, al presentarse al emperador de Méjico. Solamente el monarca de Michoacan entraba calzado á su presencia, manifestándose con esto absolutamente su igual. Esta circunstancia notable en que cifraba su orgullo el monarca tarasco, hizo que se le designase con el nombre de Caltzontzi, que significa «*el que nunca se descalza ó está calzado con catle* (1).

La solicitud, por lo mismo, del monarca de Méjico, equivalia á reconocerle como su igual, cosa que debia lisonjear altamente la vanidad del soberano de Michoacan.

La embajada fué acompañada de presentes de bastante consideracion. Los embajadores mejicanos manifestaron en nombre de su señor, la necesidad de unirse ambas naciones, olvidando sus rencillas, para acudir unidas en defensa de su religion que era la misma, de sus costumbres y de sus dioses. Hicieron ver que por donde quiera

(1) Esta parece ser la verdadera etimologia del nombre, aunque Herrera dice que significa *alpargata vieja* con que por ofenderle le llamaban los mejicanos.

que los extranjeros habian pasado, derribaron de los altares los ídolos, colocando en los templos imágenes de otra religion diametralmente opuesta: que la ofensa correspondia vengarla á todos los que profesaban las creencias que heredaron de sus mayores, y que, por lo mismo, era conveniente que se confederasen y uniesen sus poderosos ejércitos, no solo para detener en su marcha á los osados extranjeros que intentaban penetrar en el país, sino para destruirles, prenderles y sacrificarles á sus dioses en desagravio de las ofensas inferidas á su religion.

Caltzontzi, atendiendo mas al sentimiento religioso que al odio que profesaba á la nacion rival, se manifestó dispuesto á formar la liga para combatir contra los españoles.

La resolucion del monarca michoacano dió nuevo aliento á Moctezuma, que tenia suma confianza en el esfuerzo de los guerreros tarascos. Desde aquel instante acarició la esperanza de destruir fácilmente al corto ejército español y de castigar severamente á los rebeldes totonacos.

Por su parte el rey de Acolhuacan ó de Texcoco, el jóven Cacamatzin, facilitaba, con igual motivo, sus ejércitos al emperador mejicano.

Si desde los momentos del desembarco de Cortés hubiera dado el paso que entonces daba, y hubiese enviado sus numerosos batallones á oponerse al paso de los españoles, acosándoles en las mortíferas playas de Veracruz, el caudillo español, en cuyo campo existia un partido que queria volverse á Cuba, acaso se habria visto precisado á reembarcarse. Los totonacos mismos se

hubieran visto precisados á combatirles. Pero desde que la provincia de Cempoala se declaró por los españoles, la empresa presentaba dificultades mayores. Sin embargo, Moctezuma no la juzgaba difícil: alentado con el socorro que el rey de Michoacan le habia ofrecido, no dudaba del triunfo, y disponia un poderoso ejército para enviarlo contra los rebeldes y sus protectores.

Todo estaba dispuesto para la salida de las tropas. Los mejores generales habian sido nombrados para la importante campaña. Los altares humeaban con la sangre de las víctimas sacrificadas á los dioses para alcanzar la victoria.

En aquellos momentos de entusiasmo y de ardor bélico, se presentaron en la capital de Méjico los empleados aztecas puestos en libertad por Cortés. La llegada de ellos excitó la curiosidad de la nacion entera. Profundamente agradecidos á la generosidad del jefe español, ponderaron á Moctezuma las cualidades del caudillo castellano, pintándole con los colores mas agradables.

El rasgo de Cortés desarmó el enojo del emperador mejicano. A la resolucion de guerra que poco antes parecia invariable, siguieron las vacilaciones y desaciertos que se notaron en Moctezuma en todos sus actos con el jefe español. Agradecido al servicio prestado á sus nobles ministros, se suspendió la marcha del ejército, y en su lugar dispuso enviar una embajada al caudillo castellano, abrazando así de nuevo, dominado siempre de sus supersticiosos temores, la tímida y conciliadora política con que habia empezado. Nombró de embajadores á dos sobrinos suyos y cuatro ancianos de la primera nobleza, distinguidos

por su saber y su respetabilidad. Pronto emprendieron la marcha hácia el campo español, seguidos de lo mas granado de la nobleza, y llevando un presente de finas telas de algodón, mantos de bellas plumas y diversas piezas de oro, perfectamente trabajadas, cuyo valor ascenderia á mil duros.

Los enviados llegaron á la nueva ciudad, levantada por los españoles, en los momentos en que casi se hallaba al terminar su fundacion. Vestidos con sus mas valiosos trajes, llegaron á la presencia del jefe español, y despues de las ceremonias de costumbre, le entregaron el presente que los esclavos llevaban. En la breve alocucion pronunciada por uno de los sobrinos de Moctezuma, le dió á Cortés las gracias en nombre del soberano de Méjico por haber salvado de la muerte á sus leales y nobles servidores, suplicándole que recibiese los regalos de su gratitud y de su aprecio; le manifestó el sentimiento del emperador en que hubiese apoyado el movimiento de rebelion de los totonacos contra la corona, negándose á pagar el tributo, y que, por consideracion á los respetables huéspedes únicamente, no habia enviado su señor un numeroso ejército á castigar terriblemente á los rebeldes, aunque no por esto quedaria impune el delito de los insubordinados vasallos. Cortés expresó con agradables palabras, lo mucho que agradecia las atenciones del poderoso monarca Moctezuma, y trató de sincerar la conducta observada con los totonacos, manifestando que no podia ser desagradecido con quienes, al verle abandonado por el monarca de Méjico, le habian favorecido con víveres y toda clase de provisiones. Por lo que hacia relacion al pago del tributo, les hizo

ver que era imposible que, mientras se veía precisado á permanecer en la provincia originando á sus habitantes considerables gastos, pudiesen pagar sus contribuciones al monarca mejicano. Cortés concluyó diciéndoles que esperaba ir muy en breve á la corte de Moctezuma para tratar de algunos asuntos importantes relativos á la mision con que le habia enviado su soberano, y que entonces esperaba dejar ámpliamente satisfecho al emperador de Méjico de la sinceridad de conducta que habia observado en Cempoala con sus hospitalarios caciques.

Cortés correspondió al regalo con otro de poco valor para los españoles, pero de grande estima para los aztecas, y en seguida trató de presentarles un espectáculo nuevo enteramente para ellos que, á la vez que les causase grata satisfaccion, produjese una profunda impresion que les diese una elevada idea del poder de sus armas. Al efecto, mandó á Pedro de Alvarado y á los principales capitanes, que se presentasen con sus mas lucidos trajes de guerra y sus mejores armas á caballo, para hacer vistosas evoluciones. El simulacro sorprendió gratamente á los embajadores aztecas que quedaron admirados de la docilidad con que obedecian los briosos corceles á la voluntad de los jinetes, y del brillo de las cortantes espadas toledanas.

Los dos sobrinos de Moctezuma, así como los otros cuatro nobles embajadores, se despidieron de Cortés amistosamente, recibiendo del jefe español las expresiones mas lisonjeras de amistad hácia su soberano.

Los aliados totonacos al ver las consideraciones usadas por Moctezuma con los españoles, enviándoles presentes que revelaban respeto y buena voluntad, se persuadieron

de que el poder de sus protectores huéspedes era muy superior á todos, sirviendo esta persuasion para afirmarles en la obediencia ofrecida á los monarcas españoles y en la amistad de Hernan Cortés. Desde que se negaron á pagar el tributo y aprisionaron á los ministros aztecas, esperaron con temor que se enviasen fuertes ejércitos á castigarles, y dudaron de que, á pesar del auxilio ofrecido por los extranjeros huéspedes, pudiesen librarse de ser sometidos. Pero al ver que lejos de enviarse tropas que destruyesen el país, habian llegado dos príncipes y lo mas elevado de la nobleza azteca con valiosos regalos, creció su admiracion hácia el jefe español y sus compañeros, que ejercian sobre el ánimo del poderoso emperador de Méjico una influencia que hasta entonces juzgaron imposible.

Pide el cacique de Cempoala el auxilio de Cortés. Este le da un soldado viejo y lisiado. Seguro ya el cacique de Cempoala de que nada se intentaria contra ellos, y tratando de sacar provecho de las ventajas que le proporcionaba la alianza con los españoles, se presentó á Cortés, acompañado de varios principales de sus vasallos, quejándose de las tropelías cometidas por los habitantes de un pueblo llamado Cingapacinga, que estaba próximo á sus terrenos. Le manifestó que, auxiliados por fuerzas mejicanas, hacian acometidas constantes, destruyendo sus sementeras y estancias, llevándose cautivos á los que sorprendian y cometiendo toda clase de depredaciones. El cacique, despues de pintar los males que de sus vecinos auxiliados por las tropas mejicanas recibia, suplicó al jefe español que enviase alguna fuerza para librarle de sus enemigos. Cortés, queriendo cumplir la promesa hecha de favorecer á la pro-